Lunes 7 de Pascua

Texto del Evangelio (*Jn* 16,29-33): En aquel tiempo, los discípulos dijeron a Jesús: «Ahora sí que hablas claro, y no dices ninguna parábola. Sabemos ahora que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte. Por esto creemos que has salido de Dios». Jesús les respondió: «¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo».

«¡Ánimo!: yo he vencido al mundo»

Rev. D. Miquel SALÓ Casajuana
(Sabadell, Barcelona, España)

Hoy, Jesús afirma que los discípulos lo dejarán solo, pero añade inmediatamente que no está solo, «porque el Padre está conmigo» (Jn 16,32). Padre, Hijo y Espíritu Santo forman una comunidad de amor. Del mismo modo, los bautizados también participamos de esta comunión de amor; nunca estamos solos: «Precisamente porque Cristo nos ama, no nos deja solos en las pruebas de la vida; nos promete el Paráclito, es decir, el Abogado, el Espíritu de la verdad» (León XIV).

Podemos participar de la vida divina en cualquier momento. Como criaturas, el Padre siempre nos mantiene en el ser. Como bautizados siempre podemos participar de la Inhabitación de la Santísima Trinidad en nosotros. Ten presente que siempre puedes dirigirte al Señor en cualquier lugar y circunstancia. Esta relación con la Trinidad se nutre especialmente en los sacramentos y se ha de manifestar en la práctica de la caridad.

Es necesario cuidar la relación con Dios para hacerla más intensa y viva: participar de los sacramentos (especialmente, la Eucaristía y la Penitencia), tener una vida de más intimidad a través de la oración, la lectura de la Sagrada Escritura o la práctica de la caridad siguiendo las obras de misericordia. Él sale a nuestro encuentro; hemos de acogerle en nuestra persona.

Con la vista puesta en la Ascensión y en Pentecostés, el Evangelio también nos recuerda que Cristo ha vencido a la muerte. Jesucristo ha resucitado realmente. Todavía estamos en el tiempo de Pascua. Jesús nos recuerda que Él ha vencido al mundo (cf. Jn 16,33). Si lo comparamos con el mundo del deporte, sería como estar jugando un partido en el que sabemos que ya está ganado. Esto no significa que no haya peligros; esto no supone no haya necesidad de esforzarse. A pesar de que todavía queda tiempo de partido y que habrá que sudar y sufrir, sabemos que la victoria es nuestra.

¡Siempre de la mano de María! Ella está llena del Espíritu Santo, vivió una vida de gran intimidad con Cristo, lo llevó dentro durante nueve meses, lo escuchó a lo largo de los años y acompañó a los discípulos en la recepción el Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Pensamientos para el Evangelio de hoy

- «Durante todo este tiempo que media entre la resurrección del Señor y su ascensión, la providencia de Dios se ocupó en demostrar, insinuándose en los ojos y en el corazón de los suyos, que la resurrección del Señor Jesucristo era tan real como su nacimiento, pasión y muerte» (San León Magno)

- «Aquí nos interesa destacar el secreto de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí y que le es propia. Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre» (San Pablo VI)

- «(...) La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. (...) 'En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo' (Jn 16,33)» (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1.808)

Otros comentarios

«¡Ánimo!: yo he vencido al mundo»

Rev. D. Jordi CASTELLET i Sala
(Vic, Barcelona, España)

Hoy podemos tener la sensación de que el mundo de la fe en Cristo se debilita. Hay muchas noticias que van en contra de la fortaleza que querríamos recibir de la vida fundamentada íntegramente en el Evangelio. Los valores del consumismo, del capitalismo, de la sensualidad y del materialismo están en boga y en contra de todo lo que suponga ponerse en sintonía con las exigencias evangélicas. No obstante, este conjunto de valores y de maneras de entender la vida no dan ni la plenitud personal ni la paz, sino que sólo traen más malestar e inquietud interior. ¿No será por esto que, hoy, las personas van por la calle enfurruñadas, cerradas y preocupadas por un futuro que no ven nada claro, precisamente porque se lo han hipotecado al precio de un coche, de un piso o de unas vacaciones que, de hecho, no se pueden permitir?

Las palabras de Jesús nos invitan a la confianza: «¡Ánimo!: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33), es decir, por su Pasión, Muerte y Resurrección ha alcanzado la vida eterna, aquella que no tiene obstáculos, aquella que no tiene límite porque ha vencido todos los límites y ha superado todas las dificultades.

Los de Cristo vencemos las dificultades tal y como Él las ha vencido, a pesar de que en nuestra vida también hayamos de pasar por sucesivas muertes y resurrecciones, nunca deseadas pero sí asumidas por el mismo Misterio Pascual de Cristo. ¿Acaso no son “muertes” la pérdida de un amigo, la separación de la persona amada, el fracaso de un proyecto o las limitaciones que experimentamos a causa de nuestra fragilidad humana?

Pero «sobre todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó» (Rom 8,37). Seamos testigos del amor de Dios, porque Él en nosotros «ha hecho (...) cosas grandes» (Lc 1,49) y nos ha dado su ayuda para superar toda dificultad, incluso la muerte, porque Cristo nos comunica su Espíritu Santo.